

# LA CASA DE LOS PICOS

(Fragmento de la novela de igual nombre)

LUIS LEÓN BARRETO

Antes del ángelus le gustaba pasear en el reflejo del sol cuando comenzaba a moverse un airecillo gris de marecía que le resultaba complaciente. Aunque no era hombre de esencia sanguínea, era obvio que no se libraba de arrebatos ni de la destemplanza que le afectaba en jornadas poco gratificantes, y sumergirse en las vías estrechas y sinuosas era apropiado para enaltecer el corazón oxigenando el espíritu, estirar músculos y alejar preocupaciones. Así procuraba apurar los recorridos que iniciaba por Malteses hacia el puente que lo conduciría a la trasera de la catedral, o caminaba hacia la calle de los Balcones, a través de la cual disfrutaba el aliento del agua, una bocanada de algas que alejaba toda melancolía. Como si marchara tras las huellas de canalizaciones y lavaderos a un tiro de piedra del pósito y la alhóndiga, o siguiera el paso de purpuros y oidores, personeros y prestamistas, o caminase tras el zumbir del tambor y el griterío de saqueadores que al alba agitan estopas y prenden breas para que ardan retablos y trípticos, imágenes y ornamentos, antes de embarcar con los gallardetes y el bronce de las campanas, el vino y el azúcar del botín. Tal si tuviera delante los grabados de la época, adivina el encrespado mar por el que arriba la mayor escuadra con las banderas de Frisia, Groninga y Zeelandia, sus velámenes frente a las trincheras y la pobre artillería de las torres redondas de las caletas, el movimiento acompasado de lanchones y falúas con mosqueteros y piqueros, las primeras columnas de alabardas que ganan la tierra y las milicias que les salen al encuentro; ajenos al tumulto, por fuera de la puerta sur, los hombres aran los campos frente a los montículos que alcanza el cañón y las yuntas van trasladando las piezas para que el fuego se traben en la playa de extramuros; vomitan las culebrinas y los sacres, el alcaide enardece a la guarnición y el fragor se acrecienta cuando un jinete avanza por el arenal hacia la bahía donde carenan las naves. Estampidos y brechas, truenos que retumban bajo las lomas y que vuelven al mar cuando el proyectil arranca fogonazos; observa las huellas del enemigo que motivan la rendición de los derruidos fuertes, la fuga de la población y los centinelas apostados en las vueltas de su bien conocido cerro; ve también el avance de las divisiones, corriente arriba, a tra-

vés del camino que bordea su Casa, y de qué modo los forasteros —acuciados por el peso del armamento y el rigor del mediodía, el sol despellejando sus ojos— se desesperan por la sed. Contempla la emboscada en el interior del monte de lentiscos, la sorpresa con que se desbandan, y cree divisar a los heridos y moribundos, a los héroes y claudicantes; despeñados los unos, su carroña alimentará a los guirres, sangrantes los otros suplican refresco para sus labios; por último ve el reembarque en las naves y el regreso de los paisanos para apagar los incendios que el corsario multiplicó antes de huir; confusión y turba en las arrasadas casas de Dios. Mas ahora la vecindad dormita, sólo cruza algún arriero y carruajes traquetean por delante de escudos labrados, puertas de sillería y fachada plateada que sobrevivía junto a diseños de ecléctico gusto, las paredes enjalbegadas y la sobriedad de dinteles y zócalos, de impostas y jambas; y más allá las roídas baldosas donde Xácome alzaba su voz de buen postor en las subastas de esclavos, tras un recodo asoma el pasaje de los ajusticiados por degüello y en la plazuela se yergue el santuario de la fundación, a cuya misma pared, oh impiedad, se había pegado la casa de una familia de hebreos. En el aire de pereza —esa laxitud y tibieza de salitre— eleva la vista hacia los blasones, la pulcritud de puertas tachonadas, arcos conopiales y enmaderados, el modo en que se hicieron mestizos los distintos estilos, la fusión con señas árabes y portuguesas, andaluzas y norteñas en las edificaciones de planta rectangular, líneas verticales de fachadas tan lisas con su aparejo de traquita gris, portada formando paramento de sillería, ventanas con cierre de guillotina bajo los balcones y las gárgolas, esbeltas las maderas, aparatosas las invocaciones a monstruos antiguos. Muros de adobe y piedra, y portales cuya gratificación la constituye la luz tamizada de los corredores, el recorrido de la balaustrada y los capiteles, el pulimento de los suelos, la cantería de cuerpo azul o amarillo, las barnizadas columnas y barandas de viñático, el goteo del agua y el verdor de tallas con arbutos, los menudos culantrillos, los vistosos helechos, el sombreado filodendro, las grandes hojas de la capa de la reina, las begonias y los crotos junto a los ficus. Sólo le saldrían al paso perros sueltos y unos pocos viejos,

chiquillos y alguna mocita envuelta en zagalejos, pero a menudo tenía la impresión de ser el único en la somnolencia de media tarde y así extraviaba sus pasos por zaguanes en penumbra o se sentaba junto a una fuente bajo los laureles de Indias; lo observaban las comadres tras las celosías cuando continuaba hacia el arrabal del cementerio, a través de los cercados corrían muros culminados en puntas de diamante con huertas de verdura y frutales; iba en pos de los baldíos donde el Santo Oficio quemó las estatuas de cera de la familia lusitana, hasta que de pronto —en cuanto enfilaba la calle de los Canónigos— surgía la Casa en la plenitud del poniente, y la veía configurada con tanto poder que no cesaba de admirarla, tal una fortaleza con sus afiladas torres y sus parapetos hacia el molino. Era el ejercicio inverso al que solía realizar desde su altura cuando se dedicaba a mirar el discurrir de los hombres y las bestias junto a las norias y calvarios, y más allá los castillos, baterías y casamatas, los reductos y baluartes, polvorines y desgastados torreones de la costa, los terraplenes y puertas de los barrios, las cúpulas y espadañas, el hospital y el arruinado convento, los Riscos que flanquean la vega y el puente de tres ojos sobre el cauce por el que avanzan mulas y camelleros, el último tramo de la corriente y los veleros recortándose en el cuenco del mar que enviaba brisotes bonancibles. Mas al regresar para sus toques sólo hallaría ancianas y mujerucas capaces de ocupar el confesionario para repetir sus vacuidades, y después de un rato saldría por las arcadas y galerías

del Patio de los Naranjos para retener el azahar y la belleza de las flores; subía las escalinatas de piedra, deslizábase a su través y acudía a la sala de beneficiados aunque su verdadero destino era la de música, y por supuesto que evitaba la biblioteca capitular porque había sido víctima de usurpaciones y expolios. Llevaba días algo afectado, tal si sus huesos adivinasen una transmutación de los aires porque la humedad se le incrustaba como roña en las rodillas; lo peor de aquel clima tenido por excelente era su continua revoltura y por eso solía quejarse de los repentinos cambios, de las brusquedades con que lo gobernaban anticiclones y alisios a su entero capricho pues tan pronto llegaban las vaharadas de arena, los celajes del desierto, las molestas y turbias espirales, como observaba que el cielo era incapaz de entregar un chaparrón a pesar de que se agrandaba el cerco de las nubes que en cualquier otro lugar harían descender la lluvia, o podía caer una insana garujilla que —al dejarse invadir en su vuelo por el terraje— estampaba su cerco en los cristales, o el horizonte se iba entoldando con brumas que parecían recuperar el otoño en pleno estiaje quedándole así el ánimo aturdido, diríase que hasta hipocondriaco y melindroso al modo de las beatonas que tan a menudo gustan distraer sus achaques junto a las laudas sepulcrales y las lápidas de homenaje, medio embelesadas en las capillas mientras le están oyendo tocar, acaso porque su música consiguiera ser el bálsamo y el néctar que pacifica las mentes. ■

